

"Disfruta el momento"

Víctor Rivilla Cañadas

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1: mediados de septiembre de 2011

Acabó el partido de la Liga de Campeones entre el Dínamo de Zagreb y el Real Madrid. Ganó el equipo blanco por 0-1 y aunque me alegré por su victoria, consideré que jugaron mal para el nivel del equipo croata.

Soy una persona que vive mucho la situación del equipo tanto cuando gana como cuando pierde, por ejemplo, cuando perdieron 5-0 en el Camp Nou, ese día me fui enfadado a la cama y ni siquiera cené.

Sin embargo, aquel 16 de septiembre de 2011 era diferente, tenía una preocupación mucho más importante, mi primer día en el colegio San José. Es un colegio situado en el barrio puertollanense llamado "las trescientas nueve casas" y han ido gran parte de mi familia, empezando por mi padre, por mi tía y pasando por mis primas mayores. Únicamente, mi madre no ha recibido la educación Teresiana que se impartía en las aulas del colegio San José.

Por segunda vez en mi vida, iba a un colegio religioso y la idea no terminaba por satisfacerme porque en mi anterior ciudad, Córdoba, tuve que estar desde Infantil hasta 2 ESO en los Salesianos y la experiencia fue satisfactoria.

Mi madre optó por matricularme en los "Sales" porque era el centro más cercano de donde vivía en Córdoba. Es cierto que el profesorado me dio disciplina y conocimientos a base de capones y tirones de orejas. Efectivamente, tenían unos métodos pedagógicos de los años 60 en pleno siglo XXI.

Además de la actitud del profesorado, no acabé muy satisfecho con mis antiguos compañeros de clase. Fui a uno de los colegio más estirados de la ciudad califa y sentí en mis carnes lo que es que te mirarán por encima del hombro si no haces lo que quieres, es decir, ser más religioso que el mismísimo Papa y seguir como un perrito faldero a los populares de turno.

Eso hizo que no me sintiera cómodo del todo, pero claro, recuerdo que me dijeron que no me dejara pisotear, sobretodo mi abuelo. Llamaba todos los lunes y jueves después de cenar y decía hasta hartarse: "si te pegan, les das el doble y si te dicen algo, con mucha mala leche, les dices: cuidado conmigo que como te pases te pego dos ostias que te tumbo, pedazo de cabrón".

No llegué a decirlo como el, porque sinceramemte, para citar la frase que mi abuelo me decía por teléfono, había que sentirlo y yo tampoco quería

darles una paliza, simplemente con aclararles que no iba a dejarme humillar era suficiente.

Pero claro, del dicho al hecho hay un trecho y cuando empieza la violencia verbal en el patio de tierra, llegan las persecuciones, los puñetazos e incluso llegué a romperle el polo a José Antonio Úbeda (el niño de papá por excelencia que tenía más lujos que títulos ha ganado el Real Madrid). Ese día tuve que lidiar una amonestación, la primera en mi vida cuando siempre he sido un alumno ejemplar, pero bueno, lo importante es que no me llevé un severo correctivo en mi casa por no haberme quedado callado tras tantas jugarretas, porque las ha habido.

Se me hizo el vacío pensando que mi amigo inseparable de la infancia, Ramón y yo, éramos gais, que en verdad, me encantan las chicas, pero no pasa nada si lo soy. Tuvimos que sufrir los abusos de Moya (chaval con sobrepeso que se quitaba su complejo de kilos de más pegando a gente más bajita que el) empecé a tener miedo cuando jugaba a fútbol porque cada error suponía los gritos de mis compañeros.

Por tanto, cuando en marzo de 2011 supe que nos veníamos a Puertollano, fue una alegría para mí, y no solo para dejar ese atajo de gente que se cree que desfila en pasarela cibeles y alguno va con ropa del mercaíllo, sino porque me encanta estar en la ciudad que nació mi familia.

Antes, venía todos los veranos cuando me daban las vacaciones y volvía en septiembre, cuando acababan las fiestas de la patrona de Puertollano, nos volvíamos a tierras andaluzas.

Esta vez era diferente, no tendría que irme apenado porque había estado muy agusto con mis primas cuando pasaban muchos días haciéndole compañía a mi madre, con mis tíos en las diferentes terrazas del "Paseo de San Gregorio" y sobretodo con mi abuelo, que me iba con él todas las mañanas a jugar a fútbol, a montar en bicicleta o a dar un paseo.

A pesar de los nervios porque ser nuevo en un colegio o instituto es difícil, estaba ilusionado porque estaba viviendo en un pueblo más humilde, pero con la gente que quería.

Eso hizo que no dormiera casi nada y justo cuando sonara el despertador a las 9 de la mañana, tuviera una gran cara zombi. Mientras desayunaba tostadas con jamón y zumo, estaba a punto de quedarme frito, recuerdo que mi madre, llamada Lucía, me decía: así vas a estar cuando toque presentarte con tus nuevos compañeros y profesores? Te van a colgar el San Benito de empanao?

Tiene su parte de razón porque yo suelo pensar mucho en mis cosas (en las carreras de Moto Gp, fórmula 1 y en el fútbol), pero tenía la esperanza

de que ese defecto no me iba a causar problemas en mi vida social.

Así que, cogí la mochila, simplemente para meter el tochaco de libros que me iban a dar y me fui al colegio.

La verdad es que me tenía que dar un buen paseo. Mientras que mi antiguo colegio estaba a dos minutos, para ir a San José, me tuve que recorrer toda la Calle Goya, desviarme hacia la Iglesia San José y seguir todo recto.

Tardé 10 minutos porque fui bastante deprisa, ya que estaba ansioso de empezar mi etapa escolar en una nueva ciudad donde nadie me conociera y sin tener ningún prejuicio hacia mi.

Al ver el colegio, me percaté de que iba a estar en un centro con muchos menos recursos que los Salesianos. San José ofertaba estudios hasta la ESO, había una clase por curso

Las aulas estaban distribuidas en dos plantas, que tenía un baño cada una. A la izquierda de la primera planta, se encontraban las aulas desde 3 hasta 6 de primaria. A la derecha, se encontraba el salón de actos que servía para celebrar las fiestas de Navidad y las ceremonias de graduación e incluso se daba Educación Física (excepto los deportes de pelota, que para ello tenías que irte a unas pistas que estaban en la calle Escuelas). Había una puerta en el salón de actos que si la pasabas, te encontrabas con el comedor, la biblioteca y las clases de infantil, 1 y 2 de Primaria.

Pero claro, yo tenía que subir hasta la segunda planta porque es donde se encontraban las clases de la ESO. Además, la Educación Secundaria se impartía en la tercera planta, que tenía un aula de música, un laboratorio, una sala de audiovisuales y otra de ordenadores.

Nada más entrar, encontré una barbaridad de adolescentes concentrados en un solo pasillo por las reducidas dimensiones del aula. Recuerdo que esa concentración de gente formaba parte de cuatro cursos, mientras yo veía mucha más gente en los pasillos de Salesianos de un solo curso, por lo que vi que estaba entre una gran familia, pero que todos los grupos estaban formados, y al ser una persona muy tímida, veía todo un reto el poder entrar en ese círculo de personas, pero había que mostrar seguridad, así que, hice caso a los consejos de mi tía Cati, y me dirigí al aula de 3º ESO con la espalda recta y con la cabeza bien alta.

Di cuatro pasos y me paró una profesora bajita, con el pelo cano y algunas arrugas. Su rostro era de una mujer seria, pero también es una mujer seria. Me preguntó lo siguiente:- Veo que estás buscando tu clase, así que creo que eres un alumno nuevo, ¿Cómo te llamas?

Me llamo Sergio, ¿dónde está mi clase?

Esperaba una respuesta breve ante semejante pregunta, pero a pesar de mostrar seriedad, sentía nervios y aquella docente veterana me lo notó al ver como sudaba y me rascaba mucho el pelo. Así que me dijo lo siguiente:

Te veo nervioso, tranquilo, voy a presentarte delante de la gente. Otra pregunta: ¿de dónde vienes?

Vengo de Córdoba.

Me llamo María, seré tu profesora de Ciencias Sociales y también soy andaluza, pero vengo del Sur, de Cádiz. Ven que te voy a presentar a tus compañeros.

Entré en el pasillo y vi que todos me miraban, los nervios aumentaron, de repente era el centro de todas las miradas, unos se reían, otros me miraban de arriba abajo y otros directamente pasaban del tema. En ese momento, María empezó a presentarme los compañeros:

Mira, este es José Guzmán, es argentino, este chico se llama Jony, viene de Rumanía, esta chica se llama Saray, viene de Mallorca. Como veis, no todos somos de Puertollano y alguna vez fuimos nuevos como tú. Creo que lo vamos a pasar en grande.

La verdad es que nunca había visto tanta diversidad de gente, y aunque las diferencias solo provenían de nacionalidad y de raza, tenía la sensación de que habría diversas personas, lo que consideraba una buena noticia porque tendría muchas opciones para hacer amigos. A diferencia de mi antiguo colegio, la mayoría tenían la ideología fanático religiosa por adoctrinamiento Salesiano, pero bueno, había que ver cómo me integraba.

Mientras reflexionaba, entró la nueva profesora, era morena, no muy alta, con mucha frente, tenía la voz nerviosa y estaba delgada. Llevó unos vaqueros y una camisa blanca. Al vernos, nos dijo con su voz aguda:

Venga chicos, entrad en clase. Dadme cinco minutos, ahora vengo.

Entré en clase y tal y como sentí en el pasillo, estaba fuera de lugar, cada uno se iba con sus amigos correspondientes. Sin embargo, vi a un chico alto, con el pelo lacio, nariz, pequeña. Por su acento andaluz, parecía que era del sur, pero no era muy marcado, por lo que intuí que era de Jaén, pero lo sabría al presentarnos.

Fue entrando gente y al ver que había algunos lejos del barullo que había montado en las clases, sentí más tranquilidad porque no iba a ser el único

que iba a tener que integrarse en una clase con unos grupos que estaban definidos.

Eran tres personas las que estaban la misma situación que yo. El primero era un muchacho alto, con la cara redonda y con el pelo seta que iba con la cabeza agachada y se dirigió a la última fila de la clase sin hablar con nadie. Pensé que ese muchacho tenía que estar más nervioso que yo, por lo que me sentí más tranquilo, ya que no era el único que no sabía que tal iba a estar en el instituto.

Había una chica bajita, delgada, rubia y con el pelo rizado y sobretodo, por tener siempre una sonrisa de oreja a oreja. De este modo, se acercó a dos chicas y se presentó. Escuché que se llamaba Sara y venía de Fuenlabrada.

Minutos más tarde, me encontré a una chica de piel blanca, pelo liso y corto con un piercing en la ceja, bastante bajita, pero con bastante grasa. La vi cerca de mí y yo necesitaba romper el hielo y eliminar ese sentimiento de marginación y al verla cerca de mí buscando sitio, le dije:

¿Eres nueva en el instituto? ¿Cómo te llamas?

Sí, me llamo Carmele, vengo de Marbella, ¿y tú?

Soy Víctor, encantado, ¿eres buena estudiante?

No está mal, el año pasado tuve todo sobresaliente excepto matemáticas y educación física.

En ese momento, me quedé alucinando porque parecía que iba a haber gente con buenas notas, pero solo esperaba no ver malas caras si alguien sacaba mayores calificaciones.

Era otra cosa que detestaba en mi anterior colegio religioso, aún recuerdo cuando saqué un 10 en matemáticas en el temario de las ecuaciones, que ni me lo esperaba porque yo siempre he sido un zoquete con los números, pero soy una persona que no se rinde con facilidad y ahí tuve la recompensa. Sin embargo, tuve a los competitivos de turno echando espumarajos, echándome en cara que no valía eso que me habían ayudado, que no lo había hecho por mi cuenta.

Tendría que haber ido loco de felicidad a mi casa aquel día, pero llegué llorando de la rabia porque no quería ser un apestado y superarles en notas iba a ser lo peor y ahí me entró uno de los miedos que tuve en el pasado para no sentirme un comemierda. Por tanto, me quedé sin alma, pero la llegada de la profesora Cecilia, me salvó el mal trago.

Claro, debo decir que Cecilia también estaba temblando de los nervios. Se sentó en la silla y con su voz temblorosa dijo:

Hola, soy Cecilia y voy a ser vuestra nueva profesora de Lengua y Literatura. Es mi primer trabajo de maestra y no conozco a casi nadie, ¿hay alguien nuevo este año como yo?

Levantamos la mano los cuatro alumnos nuevos y llegaron las risitas de los cabecillas de clase, Marisa Morales, Jony y Arturo Noya. Necesitaba salir del paso ante tantas risitas, así que señaló a uno de los chicos nuevos para que se presentara, concretamente a quien estaba más marginado, de este modo, le preguntó que como se llamaba. Con una voz aguda y casi temblorosa dijo:

Me llamo Josué.

Las risas continuaron, me llamaba la atención la manera de reír de Marisa Morales, parecía una foca pariendo, pero parecía cruel y su chascarrillo no iba a tardar al decirle lo siguiente a Josué:

Madre mía, parece Pochettino, el entrenador del Espanyol, iempanao, que estás empanaoi

Cecilia quería imponer respeto en su clase, por lo que dijo:

En mi clase no quiero ni burlas ni insultos, a la próxima falta de respeto te vas a la calle.

Jony, era uno de los repetidores, y no por falta de inteligencia, sino porque le desmotivaban las clases, por lo que prefería irse de toros, ligar e hincharse a fumar porros, pero sobretodo, destacaba por ser una persona que no se callaba, así que dijo lo siguiente:

Cecilia, Marisa no está faltando el respeto, dice lo que piensa, si es un pringao, es un pringao.

Se formó la carcajada general y para evitar más barullo, Cecilia fue clara, y mandó a la calle a Jony, a Marisa e incluso a Arturo porque empezó a reírse escandalosamente por lo acontecido.

Mientras se iban a la calle, María, la jefa de estudios, sintió que mi profesora había tenido problemas, lo que supuso que recibiera reprimendas por parte del personal docente experimentado para que nosotros, los alumnos, no nos subiéramos a las barbas.

Cuando acabó la presentación, Cecilia recibió sus regañinas correspondientes al haber tenido sus errores de novata mientras que yo por fin podía presentarme ante los demás. Yo seguía apartado del grupo y

a la hora de irme a casa, me iba solo, sin embargo, llegó un muchacho alto, con gafas, pecas y con las manos bastante grandes.

Yo soy muy bueno para las caras, así que intuí que se trataba de José Guzmán, el muchacho argentino que me presentó María en el pasillo del colegio.

Lo vi llamándole rúcano a un muchacho con gafas, con el pelo muy largo y un gran bigote, la verdad es que me recordaba bastante a Harry Potter. Me sacó una sonrisa, se acercó a mí y me dijo:

Debes ser el chico nuevo, Sergio. Soy José Guzmán, encantado, pareces buen muchacho. No estés ahí apartado en el rincón, ven que te presente al resto de mis amigos.

Yo no decía nada, simplemente obedecía y me dejaba ayudar para poder estar integrado en un grupo. Me dirigí a un grupo formado por cuatro personas y gracias a las explicaciones de José Guzmán, supe quién era quién.

Mira, este es Luis, es el muchacho al que le he dicho rúcano. Pero se lo merece porque no ha invitado a nadie en su vida. Este es Álvaro, es enano y puedo posar el batido en su cabeza por su altura, pero cuidado que puede ser un pelotudo y este es Bedardo, un friki como yo de los videojuegos, sobretodo de Pokémon, dibuja genial. Él era el más sociable de los dos, ya que fue el primero en entablar conversación con Sara para integrarla y al escucharme decir: "no soy muy friki, tan solo soy fan de Pokémon, pero me encanta ver el deporte, sobretodo el fútbol y el deporte motor".

Bedardo, contento porque es un fanático madridista y además, está apuntado al equipo de fútbol del colegio, me preguntó:

¿Y de qué equipo eres?

Soy del Real Madrid.

Así me gusta tío, eres de los míos, ¿viste el partido de ayer?

Sí, ganamos, pero fallaron mucho en ataque y si no es por Casillas, empatamos.

Tú verás tío. Bueno, si quieres, mañana quedamos para venir a clase. Quedas con Luis y con José Guzmán en la plaza del Gongo y cuando lleguéis por los Salesianos, nos vemos.

Vale, me parece bien.

Sin duda, al final había empezado mi primer día de instituto mejor que lo que esperaba, en solo unas horas ya tenía a gente con quien quedar. Mis padres tenían razón, una nueva vida en Puertollano sería mejor porque tendría a mi familia y la gente era más sencilla, sin embargo, tendría que lidiar con gente mala como los pijoteros de los Salesianos, y parece que tienen más razón que un santo. Salí sonriendo y con un pensamiento positivo, pensando que todo iba a ir mejor en esta nueva etapa de instituto.

Capítulo 2: finales de septiembre de 2011

Llevaba dos semanas de instituto y no podía estar más satisfecho. Quedaba con Luis, José Guzmán y Bedardo para ir a clase. No teníamos muchos gustos en común, pero me sentía agusto con ellos, por ejemplo, la buena relación que tuvieron con su último tutor, Lucas.

Iba a ser quien nos iba a dar religión, pero en verano se le diagnosticó la enfermedad de Wilson, por lo que tuvo que pedir la baja indefinida. Esto hizo que la directiva de aquel momento, una teresiana llamada Tamara que llevaba trabajando en San José desde que acabó Magisterio en Madrid, decidiera buscar una sustituta a última hora.

Su nombre es Magdalena, era su primer destino, se le veía sus aires de novata, por lo Marisa, Jony y Arturo tuvieron una oportunidad de oro para liarla en clase. Mientras nos preguntaba cómo se podía llegar a la felicidad y a la satisfacción personal, el trío calavera encontró como ser feliz en una aburrida clase cantando "Un Mamut chiquitito" a ritmo de flamenco o colocar una chincheta en la clase para que sintiera un buen pinchazo en el trasero.

En principio nos dijo que las actividades que nos mandara, la participación en clase y el trabajo de fin de curso iban a ser suficientes para aprobar la asignatura, pero claro, de tanto liarla en clase, se le acabó la paciencia y nos plantó un examen.

Ni María, la seria profesora de Geografía, ni Jesús Alberto, exigente profesor de Biología y Física y Química, ni Pablo, profesor de idiomas que gastaba más sus clases en discutir con los de siempre porque se metían con él por su pluma, ni María Antonia, profesora de Cultura Clásica y ni siquiera Cecilia, que nos mandaba un porrón de deberes en lengua y literatura, el primer examen nos lo puso Magdalena.

Recuerdo que tenía que estudiar como tenía que recibir a Dios durante la última semana de septiembre en vez de ver como Casey Stoner deja el mundial de Moto Gp visto para sentencia o cómo empezaba la nueva temporada de mi serie favorita, Cuéntame cómo pasó, y eso está

demostrado porque me pasé aquel verano viéndome las 12 temporadas restantes para ponerme al día.

Sin embargo, no todos eran tan responsables como yo, otros como Luis, Bedardo, José Guzmán o Josué no les hacía falta estudiar porque se sabían todos los contenidos por estar vinculados a la Iglesia de las 309 o de los Salesianos, ya sea en los grupos de confirmación o en clubes de juventud que se abrieron en verano para viajar alrededor de España por la Jornada Mundial de la Juventud (la JMJ de Madrid).

Por otra parte, la flor y nata de la clase iba a optar por otros métodos más fáciles, el copiado, así que le pidieron a Carmele y a Luis, los empollones de la clase, que se colocaran en el centro de la clase para ver las respuestas con más facilidad. La respuesta de Luis fue tajante y clara: "no voy a ser testigo de un acto que carece de ética, no tenéis vergüenza ni la conocéis".

Carmele sabía que Luis tenía toda la razón del mundo, pero quería estar integrada en la clase, así que decidió echarles un cable en el examen, pero pidió que el personal disimulara a la hora de copiar. Josué, que no se sabía las preguntas y si no sacaba un 10, recibiría las regañinas de su madre Leovigilda por no ser un gran católico a pesar de tener una madre catequista, copió, pero lo hizo con disimulo.

A Josué se le unió una media docena para sacar bien el test, a uno se les notó más y otro menos, pero Jony decidió copiar a lo grande. Vio que Magdalena estaba mirando a la ventana, así que le dijo a Carmele: "trae el examen que lo copie" y vaya que lo copió, sacó un 10.

Gracias a Carmele teníamos asegurado el sobresaliente, así que tocaba celebrarlo en el recreo comiendo pipas y Cheetos que contenían las chapas de la liga. Allí Luis empezó a demostrarme que no solo era un muchacho educado, callado y correcto, sino que también era un gran tacaño.

Mientras todos comprábamos pipas, chucherías y unos calentitos Pan Pizza de Juli, Luis sacaba su lado rácano, poniendo la mano como si fuera un mendigo y diciendo: "INVÍTAME, INVÍTAME". Josué, que quería integrarse siendo solidario, invitaba a Luis a bolsas de Jumpers y a mí me solía dar dinero para tener más chicles en las clases que me aburrían como la de Música y Plástica.

Luis, muy sincero, le decía, "me encante que quieras ganarte mi amistad a base de invitar, pero prefiero tener dinero para llegar al millón, comprar territorios estableciendo la capital en Puertollano y luego venderlos por el doble de dinero para triplicar mi riqueza".

Por un lado, veíamos a un cara dura, pero por otro, veíamos a un chaval majo que a pesar de comportarse como alguien tímido en las clases, tenía su sentido de humor y perdía la vergüenza con los amigos e incluso con algún profesor.

Las primeras clases de Biología y de Física resultaban ser aburridas porque casi nadie ponía interés, ya que unos estaban dormidos y otros hablaban de las putadas que les podían hacer a Cecilia o a Magdalena, por lo que nos pidieron más entusiasmo. Luis se tomó el mensaje al pie de la letra, así que cuando llegaba a clase, se subía a la silla y gritaba: "HOLA JESÚS ALBERTO".

Yo me quedé alucinado, pero el resto no porque ya conocían bien los comportamientos de Luis. También estaba empezando a familiarizarme con los gritos de Cecilia porque hablábamos todos a la vez como si estuviéramos en ese programa de telebasura de Telecinco llamado "Sálvame", lo que no esperábamos es el siguiente mensaje:

"Bueno chicos, antes de que empecéis el examen sobre verbos, va a venir una compañera nueva, se llama Valeria, venga poneros quienes no habéis sabido conjugarme los verbos en clase".

Básicamente, se pusieron el 70 % de la clase a hacer el examen, mientras muchos se reían, pensando que novatada podían hacer. Cecilia fue consciente y pensó en alguien que pudiera integrarla.

Descartó al fondo Sur que era la voz cantante de la clase, al grupo de Luis porque no creía que hubiera gustos similares ni al de chicas porque veía complicado que se integraran rápidamente las personas del mismo género, ya que Sara y Carmele no han tenido mucha amistad con ellas el tiempo que hay de clase, así que pensó en mí.

Estaba siendo un muchacho sociable, pero no conseguía ser yo mismo, y si me había soltado alguien más, había sido con Josué. También se sentía mal por todo lo que pasó en los Salesianos de Puertollano, sobretodo con una profesora de francés que le soltaba comentarios despectivos en clase a todo quien le caía mal, él el primero, por lo que cuando aprobó el examen dijo: "Jódete, hija de la gran puta". Ese grito de rabia hizo que sus padres quisieran cambiarle de colegio porque esa profesora podía hundirle lo que le quedaba en su época de Secundaria, así que, decidió cambiarse.

Seguía invitando para ganarse la amistad y era la persona con la que más coincidía por gustos, ya que nos tirábamos horas hablando de fútbol en la hora de educación física o en el recreo, pero seguía siendo objeto de burlas porque no se le veía muy espabilado en clase y su voz afeminaba

provocó que todo el mundo le preguntara si era gay.

Aun así, se sentía agusto conmigo, por lo que Cecilia me vio como a alguien que podía integrar bien a la gente nueva que entrada, de este modo, me dijo que se iba a sentar conmigo. Entró en clase con una mujer mayor, se le veía con el pelo negro, piel blanca, una gran frente y bajita.

Se le veía muy tímida, incluso más que yo, y cuando se presentó al decir "soy Valeria" y con una voz aguda, llegó la carcajada general y las miradas burlonas. Estaba claro que ese fondo Sur era un conjunto de seres bastante insoportables, creo que esas risitas ya estaban en primaria y en 1º-2º ESO, pero bueno, había que pasar y hablar con ella.

Me presenté y se abrió conmigo rápidamente. Venía de Almadén y pasaría este curso en Puertollano porque su hermano mayor, de 19 años, iba a hacer un grado medio de mecánica en los Salesianos. Llegó con bastante miedo a clase, y ojo, mis inseguridades en los primeros días de clase eran una tontería a comparación de mi porque ella me contó que tuvo problemas de bullying por su físico, supuestamente por estar gorda, que claro, yo no la veía de volumen hermoso, había visto a gente con más chicha que ella, pero vamos, aunque fuera el mismísimo King África, no pasaría nada.

La verdad es que hicimos muy buenas migas, y eso que no empecé con buen pie cuando vi que su madre la llevó a clase, dije: "he visto que te pareces a tu abuela", a lo que ella me respondió: "perdona, pero es mi madre". Quitando ese momento en el que pedí que me tragara la tierra, las clases eran amenas con nosotros, ya sea picándonos, llegándonos a mandar a cagar en clase, haciendo juntos los deberes y en clase, y eso bien lo sabe María o María Antonia corregían los ejercicios que mandaban e incluso la invité a jugar a la play a mi casa.

Eso hizo que mi hermana Alejandra, que en ese momento tenía 8 años, empezara a decir que me gustaba Valeria, cosa que negaba ante todo.

Pensaba que eso solo era un pensamiento de una niña que no era consciente de que puede haber amistades de diferentes sexos, pero pasé a ser el tema de conversación de la clase, yo básicamente lo negaba con el monosílabo "no", pero Valeria era más seria.

Siempre se le había visto simpática e incluso había llegado a ser testigo de alguna de las bromas, como clavarle una chincheta a Pablo el de inglés, empezar a golpear violentamente su despacho o como Jony les hacía un calvo por la ventana a la gente que estaba en el grado medio de Administración, pero harta de tanto rumor, dijo con genio: "noo, no me gusta Sergio, ¿Qué pasa, que dos chicos no pueden ser amigos? Que pesados dios mío, que panda de alcahuetos. Si no sabéis a que profesor

joder y como joderlo, no os metáis en la vida de la gente, macho”.

Eso me encantó, además de ser una chica simpática, cariñosa conmigo, graciosa y educada, encima sacaba su carácter, incluso a la mismísima Marisa. Me quedé pensativo y tras haber estado en babia en la hora de matemáticas, concretamente con el tema de las funciones, fui consciente de que Valeria me gustaba y encima, tenía ganas de decírselo. Este caso no fue como el que tuve en Primaria con Mamen. Fue mi amor platónico, pero éramos personas muy distintas, ni siquiera nos juntábamos, pero nos llevábamos bien porque nuestras madres eran amigas y porque la defendí cuando toda la clase conspiraba contra ella.

En ese caso no dije nada, pero con Valeria sí. Sin embargo, no veía el momento ni el lugar de decirle nada porque la conocía de muy poco tiempo y la iba a dejar en evidencia después de haberle cerrado la boca al fondo Sur.

Así que, seguimos igual, fuimos al recreo, me compré el pan pizza y la bolsa de Jumpers que fue devorada rápidamente porque Luis me pidió un puñao, le dije a Valeria que le invitaba a comer, pero ella no quería porque supuestamente no tenía hambre y no era la primera vez que lo decía.

Pero el comer poco no iba a ser el principal problema para Valeria, sino la venganza que iban a llevar a cabo Marisa y Arturo por haberles plantado cara. Querían darle un escarmiento, dejando claro que nadie les respondían, ya que ellos eran los reyes del mambo.

Yo iba a por la camiseta para cambiarme una vez finalizada la clase de educación física y en ese momento me encontré a Marisa planeando lo siguiente con Arturo: “no se qué narices se ha creído Valeria, si quiere mal rollo lo va a tener, será vacila. Cuando se vaya a cambiar, le quitamos la ropa y la metemos en la ducha, si quiere enemigos, los va a tener”.

Aluciné cuando lo escuché todo y opté por ir rápidamente a la sala de profesores a contárselo a la tutora. Iba corriendo por los pasillos y mientras estaba buscando a Cecilia, vi a Jony que me paró literalmente y con un tono desafiante me dijo:

Sergio, ¿dónde crees que vas?

La verdad es que me cagué de miedo, me habían pillado y lo peor es que miento fatal, lo que iba a suponer que me la liaran o peor aún, me pegaran a la salida. Me quedé blanco y dije tartamudeando:

A por un certificado.

Sergio, ¿Qué te crees, que soy gilipollas? Mientes fatal, estás cagao. Has ido a chivarte, y ser un chivato es lo peor. ¿Qué crees que haría Marisa si se entera?, ¿te lo imaginas? Además, ¿de verdad crees que Cecilia haría algo? ¿no te das cuenta que la manejamos como nos da la gana? A mí no me engañas, te gusta Valeria, pero eres tan tímido que ni te atreves a decírselo y más aún con los cotillas que son en este colegio.

Lo sé, pero quiero ayudarla, no se merece que lo hagan eso. Por favor, no les digas nada, que no quiero tener el San Benito de chivato y pasarme estos años comiendo mierda, que bastantes broncas tuve con los pijos de Córdoba.

Tío, ¿pero por quién me tomas? Puede que sea un chulo y vacile a los profesores, pero no voy haciendo daño a la gente indefensa porque perdona que te lo diga, pero eres demasiado bueno y te van comer. Aun así, tranquilo, que te voy a ayudar. Quedamos en el recreo, ¿entendido?

La verdad es que me sorprendieron las palabras de Jony. Esas pintas de quinqui, sus vaciles al personal, sobretodo a Cecilia cuando le dijo que iba a llamar a su madre y él le respondió que le pidiera que hiciera macarrones para comer, su afán por los porros hasta el punto de que le dio un amarillo en matemáticas o el hecho de juntarse con el Fondo Sur esconden a un chaval con buen corazón que está para la gente más novata como era el caso de un servidor. Mientras pensaba eso, Valeria me dio una palmada en la espalda para que volviera a la faz de la tierra, diciéndome que estaba empanao y además, me leyó el pensamiento.

¿Qué pasa? ¿Qué estás pensando en Jony?

¿Por qué tendría que pensar en él?

Porque te he visto hablar con él en los pasillos, ¿te recuerdo que el colegio es pequeño y se ve todo mejor que el ojo de Gran Hermano?

Vale, si, estuve con él, es buen muchacho. Si lo conoces bien, es buena gente.

Sergio, está bien que quieras perder esa timidez hablando con más gente, pero ten cuidado, que de bueno te pasas a ser tonto. Júntate con Josué, Bedardo, Luis y José Guzmán que parecen majos, pero ten cuidado con ellos.

Valeria, estábamos hablando de ti, estamos intentando ayudarte. Marisa quiere quitarte la ropa de las duchas y mojártelas porque le sentó mal que le contestaras cuando preguntó si estábamos juntos. Dice que quedemos en el recreo.

¿En serio?, esta no me conoce bien, y no necesito a un niño como Jony para defenderme, ya puedo solita.

Vale, pero ven al recreo, por fa, que si no me lía.

Que siiii, pesado. No estreses, por fa. Disfruta de como mueve el culo el de inglés y de su respuestas inolvidables.

En ese momento, Arturo le preguntó lo siguiente:

Arturo, una pregunta, ¿a ti que te gustan más, los churros o las almejas?

Moviendo el culo y con una voz similar a la de Richard de Castro (interpretado por David Arnaiz) de "Yo soy bea" dijo: "pues unos buenos churritos por la mañana son lo mejor para empezar las clases".

Bedardo, consciente de que no dio una respuesta relacionada con su supuesta homosexualidad, le dijo: Pablo, por favor, mira el doble sentido.

No encuentro nada de doble sentido, Bedardo, he respondido tajantemente a mi pregunta. Me tengo que ir, me llaman de la Junta de Comunidades, tranquilos que no me iré, no os preocupéis chicos.

En ese momento, se formó el silencio. Mucha gente de la que estaba en mi clase había estado con él durante los tres años que llevábamos en Secundaria, pero claro, uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde, y sintieron que podrían haber perdido a un profesor como Pablo, alguien simpático que pensaron que se iba a ir estando harto de recibir burlas y a veces, faltas de respeto.

Valeria no estaba callada y estaba pensando cómo darle un escarmiento. Mientras pensaba su venganza, llegó Ramón, el profesor de Educación Física. Propuso ir al parque de Pozo Norte a hacer el test de Cooper.

Todos dijimos que si porque íbamos a salir del centro y a mí me encantó la idea. Tenía ganas de hacer una buena prueba, ya que me pasé el verano haciendo deporte, tanto natación como atletismo de cross con mi padre.

La verdad es que no llegaba a su nivel, pero ni de lejos, ya que estaba corriendo con alguien que acabó varias medias maratones de Córdoba y Puertollano y los Maratones de Ciudad Real (en el que Mari Sol se proclamó campeona de España), Sevilla y el Madrid (en el ganó Chema Martínez y le valió para clasificarse para los Juegos Olímpicos de Pekín). Sin embargo, gracias a ese entrenamiento, gané el trofeo Sánchez Menor de aquel año en la categoría infantil, ya que no me clasificaron para

cadete porque me faltaban días para llegar a los 14 años.

Mientras la gente iba a cambiarse, porque nos exigieron ir con pantalones para hacer atletismo, así que cogí mallas cortas de mi padre, Marisa se paró hablar con Saray porque iban a organizar unas votaciones para escoger el viaje de fin de curso.

En ese momento, Valeria cogió la bolsa de aseo de Marisa y la dejó en la Biblioteca, un lugar que Marisa visitaría cuando Gerard Piqué cambiara el Barça por el Real Madrid, es decir, nunca.

Sin embargo, cuando Marisa vio que le habían quitado la ropa, predijo que había sido Valeria, así que fue a por ella y con los puños preparados para sonsacarle donde la había guardado a base de guantazos.

Bajó las escaleras a toda prisa, "VALERIA, HIJA DE LA GRAN PUTA, PREPÁRATE QUE ME LAS VAS A PAGAR". En ese momento apareció una mujer que rondaba los 40 años, morena, alta, bastante delgada y llevando vestidos de buena marca y al ver a Marisa, le dijo:

Ehhh, ¿a dónde crees que vas?

A donde cojones a ti no te importa.

Ehh, ehh, a mí no me das miedo y si me importa porque te puedes enfrentar a una expulsión, y no estás en condiciones.

¿Tú como lo sabes? ¿Quién coño eres?

La nueva profesora de francés, soy Luisa, encantada y no te vas a ir, de aquí no pasas.

Luisa, que no tengo nada en contra tuya, que quien me lleva la contraria, tiene problemas y gordos.

Mira niñata, de aquí no pasas y si quieres pasar por la fuerza, te doy un par de ostias y luego vas y me denuncias.

María fue consciente de la que se lio y corrió para ver que ocurría y dijo: ¿Luisa, ocurre algo?

Nada, María, le estaba diciendo que iba a llegar tarde, pero todo bien.